

## Brevísima historia del período helenístico

Tradicionalmente se han distinguido tres períodos históricos en la antigüedad helénica: el de la gran Grecia clásica de las polis (ciudades-estado), el de la dominación macedonia y el del sometimiento al Imperio romano. El segundo de ellos, que abarca desde el último tercio del siglo IV a. C. hasta el siglo I a. C., se conoce como período helenístico, y habitualmente se ha considerado como una simple etapa de transición entre los tiempos dorados de las polis y la dominación romana.

Se sitúa el inicio del período helenístico en la muerte de Alejandro Magno en 323 a. C. Alejandro era hijo de Filipo II, el rey macedonio que derrotó a una alianza tebano-ateniense en 338 a. C. y que consiguió agrupar a la práctica totalidad de los estados griegos en la Liga de Corinto (Esparta fue la única excepción). A pesar de que Macedonia había asumido por completo la lengua y la civilización griegas, las polis siempre vieron a los macedonios con desconfianza, como enemigos. Convertido en dominador de la Hélade, Filipo II supo ser magnánimo y concedió a las polis la suficiente autonomía para que no se sintieran humilladas por la derrota, con vistas a afianzar la estabilidad en una región caracterizada en el pasado por los enfrentamientos internos. El propósito del rey macedonio, una vez unificada la región, era preparar la guerra contra los persas; un enemigo común es, casi siempre, el mejor aglutinador de pueblos enfrentados. Filipo no llegó, sin embargo, a comandar esa expedición, ya que antes le asesinó uno de sus guardaespaldas, un

crimen cuyos motivos no han quedado nunca claros y que han propiciado todo tipo de interpretaciones. A la muerte de Filipo, un jovencísimo Alejandro, de apenas veinte años, fue aclamado sucesor por el ejército, al que había dirigido ya en algunas batallas y del que se había ganado la admiración.

La carrera militar de Alejandro (356-323 a.C.) fue fulgurante, propia del niño prodigio que había sido, puesta su educación desde los catorce años en manos del también macedonio Aristóteles. Apenas trece años (desde su coronación en 336 a.C. hasta su muerte, tal vez por malaria, tal vez por envenenamiento, en Babilonia) le bastaron para sofocar la rebelión que se produjo a la muerte de Filipo en buena parte de los estados de la Liga de Corinto, restablecer la confederación de estados griegos, embarcarse en la campaña contra el enorme Imperio persa de Darío III, al que aplastó, y proseguir su marcha hacia el este, conquistando a su paso las satrapías de Asia Central y dominando el valle del río Indo, hasta que sus tropas, agotadas por la interminable campaña e incapaces de mantener su ritmo, lo forzaron a detenerse. Su imperio llegó a extenderse desde Grecia en el oeste hasta la actual India en el este, y, hacia el sur, cubrió la cuenca mediterránea hasta Egipto. Durante su conquista, la mayor y más rápida de la Antigüedad, fundó más de setenta ciudades (de las que bautizó unas cincuenta con el nombre de Alejandría, haciendo gala de una modestia inversamente proporcional a su ardor guerrero). Un imperio creado a tal velocidad y con un ejército relativamente tan pequeño como el greco-macedonio no podía ser un remanso de paz, de



modo que la muerte del líder carismático supuso su disolución casi inmediata. Ante la ausencia de sucesor, los lugartenientes de Alejandro (los llamados diádocos) se disputaron el poder durante veinte años a fuerza de intrigas, maniobras y enfrentamientos. La lucha fragmentó el imperio: Tracia fue



Mapa de las conquistas de Alejandro. La fulgurante campaña del rey macedonio cambió en apenas trece años (336-323 a. C.) la distribución del poder en buena parte de la cuenca mediterránea y de Asia, al tiempo que creó las condiciones para la expansión de la cultura griega.

para Lisímaco, Asia para Antígono, Babilonia para Seleuco, Egipto para Ptolomeo y Macedonia y Grecia para Casandro. El hecho de que en el reparto no se tuviera en cuenta a los antiguos estados griegos, cuando la conquista se había emprendido a causa de las cuentas pendientes entre ellos y el Imperio persa, dice mucho de la débil posición en la que, ya al inicio del período helenístico, se encontraban las polis.

Con la excepción de Ptolomeo, que se encontraba muy a gusto en Egipto y que fundaría la dinastía más estable de todas, el resto de diádocos ambicionó reconstruir el Imperio de Alejandro, lo que llevó a una sucesión de enfrentamientos entre ellos y al inicio de una etapa de gran inestabilidad política en el antiguo imperio. La parte más oriental se segregó rápidamente y se disolvió en varios reinos. Asia Menor y Oriente Medio terminaron bajo el dominio de los seléucidas (los sucesores de Seleuco), enzarzados en continuas guerras dinásticas que no terminaron hasta dos siglos más tarde, con la conquista romana. La muerte en 30 a. C. de Cleopatra (la última descendiente en la línea sucesora ptolomeica), junto a su aliado y amante romano Marco Antonio, y la consiguiente transformación de Egipto en una colonia romana a manos de Octaviano supone el punto final al período helenístico, tal y como lo establece la mayor parte de historiografías.<sup>1</sup>

En la zona europea se impusieron los antigónidas (descendientes de Antígono), no sin arduas disputas con los sucesores de otros diádocos y con los estados griegos, que,

<sup>1</sup> Para una insuperable recreación dramática y poética del fin del Imperio egipcio y del período helenístico, véase o léase *Antonio y Cleopatra*, de William Shakespeare.



Busto en mármol de  
Alejandro Magno.  
Siglo II a. C.

si bien no fueron maltratados por las monarquías helenísticas, seguían desconfiando de los macedonios e intentando recuperar su libertad y su antiguo esplendor. Se formaron dos confederaciones de ciudades-estado griegas, la etolia (integrada por Esparta y Élide) y la aquea (compuesta por el resto de estados del Peloponeso). Además de combatir a los macedonios, ambas lucharon también entre sí, y padecieron numerosas revueltas sociales. La caída de Corinto en el año 146 a. C. marca el inicio definitivo de la dominación romana en Grecia.

Si bien es cierto que el período helenístico significa el fin de la esplendorosa Grecia clásica (la Grecia de las polis

independientes y orgullosas y de los ciudadanos libres) y que los grandes focos de la cultura griega, con Atenas a la cabeza, fueron incapaces de mantener su brillo y languidieron entre crisis y crisis en un mundo nuevo al que no supieron adaptarse, también lo es que la pérdida del predominio político y económico no implicó la pérdida del cultural, más bien al contrario. Tanto Alejandro Magno, con su propósito de helenizar el mundo, como los monarcas macedonios que se impusieron en los restos de su imperio fueron prohelénicos y contribuyeron a la difusión de la civilización griega: por una parte, el griego se convirtió en el lenguaje de la cultura y la literatura, y la pasión por el estudio y la conservación del saber heleno proliferó en gran parte del imperio (valga como ejemplo la enorme Biblioteca de Alejandría, a orillas del Mediterráneo en Egipto); por otro lado, comerciantes, empresarios, funcionarios y soldados griegos emigraron y aplicaron su conocimiento práctico en la organización de las nuevas ciudades. Estas ya no eran completamente independientes como las antiguas polis, sino que estaban sometidas a la autoridad del monarca correspondiente o del magistrado designado por este, pero se estructuraron con un considerable grado de autonomía jurídica y financiera, a imitación del modelo clásico. Se produjo, pues, una gran expansión de la cultura y las instituciones griegas como elemento civilizador. El helenismo significó la difusión de lo griego por un enorme espacio geográfico que abrazaba desde Egipto hasta la India.

Es imposible exagerar la importancia que tuvo la extensión del griego como lengua unificadora. Solo hay que

pensar en lo mucho que cambiaría el mundo actual si quedara despojado del inglés como lengua internacional (seamos idealistas: mejor hubiera sido el esperanto). Aquella lengua común que permitía la comunicación en un vasto territorio, denominada *koinè diálektos*, posibilitó la difusión del arte, la literatura, la filosofía y la ciencia: en definitiva la libre circulación de ideas. Lo que antes había sido la Hélade (denominación homérica de la parte continental habitada por helenos, o griegos, y después todo el territorio habitado por griegos) pasó a ser la Ecúmene (tierras habitadas por griegos tras las campañas de Alejandro). Como observan Carlos García Gual y María Jesús Ímaz, con el griego «podían comunicarse los hombres en Gades o en Massilia con la misma facilidad que en Damasco o en Babilonia. En las cortes de los reyes partos y de los príncipes hindúes se representan tragedias griegas, y la comunidad judía de Alejandría hace traducir al griego sus escrituras sagradas porque no entiende ya el texto hebreo (es la versión llamada de los Setenta). También los escritos del Nuevo Testamento están redactados en griego».<sup>2</sup> Si las ambiciones políticas y territoriales entre sucesores de Alejandro frustraron la unidad política que deseaba implantar el rey macedonio, la generalización del uso de la lengua griega posibilitó la unidad cultural.

Surgieron nuevos centros de cultura. La Alejandría de los ptolomeos se convirtió en la capital de las artes y las ciencias, al extremo de eclipsar a Atenas. Otras ciudades

<sup>2</sup> García Gual, C. e Ímaz, M. J., *La filosofía helenística. Éticas y sistemas*.



destacadas por su actividad intelectual fueron Antioquía, Pérgamo y Esmirna, cuyos mandatarios se disputaban a poetas, historiadores y científicos pujando entre ellos para llevarse el gato al agua con la oferta más suculenta, igual que las principales ciudades de la Baja Edad Media competirían por los mejores artesanos para levantar las catedrales más majestuosas. Si bien relegada en los campos literario y científico, Atenas mantuvo su prestigio intelectual: actuó como centro de la filosofía en todo lo que quedaba de Antigüedad y atrajo a las mejores mentes especulativas.

No fue el período helenístico una época de estancamiento cultural, pero donde más brilló fue en los avances científicos. El contacto con las matemáticas en Egipto y con la astronomía en Babilonia favoreció un espléndido progreso: al amparo de la Universidad de Alejandría, en el siglo III a. C. surgieron el geómetra Euclides y el físico e ingeniero Arquímedes; el astrónomo Aristarco de Samos (también siglo III a. C.) fue el primero en sostener que la Tierra giraba alrededor del Sol, aunque le obligaron a retractarse de ello (como a Galileo en el siglo XVII); Hiparco de Nicea (siglo II a. C.) compuso el primer catálogo de estrellas, descubrió la precesión de los equinoccios y calculó el año solar basado en ellos. Se equivocó en solo 6 minutos respecto a los cálculos actuales, y gracias a ello, dotó a la humanidad de un calendario racional. También la medicina y las ciencias naturales vivieron un gran auge en este período. En el ámbito de las letras, es de rigor recordar que en esta época nació la filología (gramática, etimología, semántica y crítica literaria).

El mundo se hizo mucho más grande para los griegos, antes confiados en los horizontes conocidos de la polis y ahora desvalidos y abrumados por la extensión ilimitada, desmesurada, de la Ecúmene. La ciudad-estado dejó de ser el centro autosuficiente en el que se tomaban decisiones y se resolvía el rumbo de los asuntos públicos, que habían pasado a manos de monarcas remotos. La cohesión social se rompió, la polis se sumió en agudas crisis económicas y sociales. Gran parte del descontento social que se vivía entre las clases populares de las polis estaba causado por motivos parecidos a los de las crisis económicas contemporáneas: la ampliación del mundo que habían supuesto las nuevas conquistas (una especie de globalización helenística, al fin y al cabo) había impulsado el comercio. Este impulso, sin embargo, fue tal que benefició a las clases dominantes y a ciertos trabajadores cualificados, pero perjudicó mucho a los trabajadores manuales y los agricultores. Los salarios bajaron debido a la competencia de los esclavos extranjeros, y la producción de materias básicas era más barata en los nuevos territorios, de modo que se importaban, lo cual desintegraba la economía local de las polis. Los ciudadanos pobres cada vez se distinguían menos de los esclavos en cuanto a capacidad adquisitiva. Como consecuencia de esta crisis económica, la tasa de natalidad bajó a niveles insólitos. Este empobrecimiento de la población fue acompañado, entre los ciudadanos más adinerados, de un refinamiento y una pasión por el lujo muy superiores a los de la Grecia clásica, así como de un fabuloso período de apogeo de los

bancos griegos, con tantas posibilidades de inversión en el nuevo mundo que los tipos de interés se dispararon. Si esta relación histórica le ha hecho pensar en lo sucedido recientemente en el sur de Europa, nadie se lo podrá reprochar. Deslocalización, precariedad, *minijobs*, recortes, pérdida de representatividad y crisis de las instituciones se produjeron tanto en la Grecia de hace veinticinco siglos como en los últimos años en Europa.

### Reanudación de la introducción conceptual al helenismo

Estamos ya en condiciones de comprender los grandes cambios producidos en la visión antropológica durante los muy pocos años transcurridos entre la muerte de Aristóteles y la fundación de la comunidad epicúrea y la escuela estoica. El *zoon politikón*, el animal social, el ciudadano libre, el ser político que estaba al corriente de todo cuanto sucedía en su mundo y que creía razonablemente que podía incidir en los asuntos públicos, se había convertido en un ser individual, consciente de su irrelevancia para la marcha de los acontecimientos generales y al mismo tiempo mucho más pendiente de lo que ocurría en su fuero interno y en su entorno más inmediato que de los acontecimientos de la política. Los dioses griegos perdieron su presencia y ascendencia en las vidas privadas de las personas. Los vínculos sociales se disolvían, y surgían otras señas de identidad personales así como relaciones